El Maipo



Desde El Monte: Recordando a José Santos González Vera, Premio Nacional de Literatura. Por Álvaro Vogel Vallespir

Posted on Noviembre 13, 2026

Este cronista de la primera mitad del siglo pasado fue un representante genuino de la ribera del río Maipo, aunque, más precisamente, nació en una humilde casa en San Francisco del Monte. Con el devenir del tiempo, puede que no ocupe el mismo pedestal que Neruda o Mistral en la memoria colectiva del país. Esto se debe, en gran medida, a que los planes y programas de enseñanza son cada vez más acotados en materia de lectura; por ello, hace falta revivir una antología que bien podría leerse en las aulas nacionales sin ningún impedimento.

Sin embargo, plasmó en sus breves escritos —como pocos autores— el ambiente del apacible valle ya mencionado. Pendenciero como él solo, su carácter lo llevó a ser expulsado de un importante liceo santiaguino, aunque luego fue una persona retraída. Tras ese episodio, nunca más pisó una sala de clases, por lo que su formación fue enteramente autodidacta, forjada a pulso, con mucho esfuerzo y un ingenio sin igual. Pese a lo anterior, no fue un autor prolífico: legó obras escasas y breves, pero su calidad fue suficiente para llamar la atención del medio y ganarse un espacio en el Partenón de los más grandes.

Fue el segundo creador literario en recibir el Premio Nacional de Literatura. Entre sus novelas cortas, una de las más reconocidas es Alhué, junto con Talagante, obras que ofrecen una descripción magistral del valle. Fueron editadas en 1928, época en la que también fundó una revista cultural junto a Manuel Rojas. Sus relatos poseen una atemporalidad única, ya que, en pleno siglo XXI, algunos de sus párrafos causan el mismo efecto si nos sentamos a leer bajo la sombra de un alero. Después de todo, Alhué, El Monte y Talagante —por nombrar algunas localidades— conservan esquinas que parecen detenidas en el tiempo, logrando una unión temporal significativa para los parroquianos del presente.

González Vera nació en la histórica tierra de «los Carrera» y luego migró a Talagante, donde ingresó a una escuela rural que hoy ya no existe. No fue el único autor autodidacta en alzarse con este importante galardón, lo que le valió algunos cuestionamientos en su época por parte de pares que exigían cantidad por sobre calidad. Otros autores sin estudios formales, pero privilegiados con la genialidad de una buena pluma, fueron Manuel Rojas, por ejemplo. Nadie puede olvidar la impresión y el nudo en el estómago que nos provoca leer El vaso de leche. Rojas abandonó las aulas a los 11 años para cruzar la cordillera a pie; su universidad fueron los trabajos obreros, las bibliotecas incompletas y la marginalidad.

Por otra parte, el chilote Francisco Coloane dejó la instrucción formal para trabajar bajo el rigor del extremo sur, plasmando esa vida de esfuerzo y frío en sus textos, donde quizás su relato más imperecedero sea El último grumete de la Baquedano. Augusto d'Halmar —no solo era un escritor monumental— leía a escondidas y de forma desordenada. Nunca tuvo estudios formales, pero llegó a ser un eminente diplomático y, por cierto, el primer Premio Nacional. Finalmente, nuestra gran Gabriela Mistral se formó magistralmente leyendo por su cuenta y, como reza el dicho, «nadie es profeta en su tierra»: fue rechazada en La Serena cuando intentó ingresar a la escuela de preceptoras. Al final, terminó siendo Premio Nobel y Nacional, pero, más importante aún, se convirtió en la intelectual femenina más destacada del siglo XX. La academia y la universidad no son garantía para la grandeza. Muchas veces, la vida misma es la mejor escuela.

Volvamos a González Vera.

Escribió solo ocho textos que, sumados en páginas, caben holgadamente en un cuaderno escolar; un argumento esgrimido por aquellos detractores que no aceptaban su triunfo en el Premio Nacional de Literatura. Sin embargo, este cronista del Maipo poseía un don del que pocos podían presumir: decir mucho en poco espacio. Era un narrador ameno, capaz de retratar el entorno marginal y humilde sin recurrir a una sola palabra soez o vulgar; un estilo pulcro que, por lo demás, caía como anillo al dedo tanto a la élite como al proletariado. Describe al pueblo, las tradiciones y el costumbrismo sin la denuncia explícita que caracterizó a Baldomero Lillo, pero también sin la profundidad idealizada y ficticia de Emilio Salgari. Su enfoque lo catapultó como un observador objetivo, cuyas crónicas resultaban profundamente representativas. En suma, su producción fue breve, pero de una calidad inconmensurable, y confirma con estricta justicia el dicho de que vale más calidad que cantidad.

«En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses… se hubiese creído que transcurrían de noche».

(Alhué, 1928)

Con el tiempo, González Vera comenzó a viajar por diversos países y terminó desempeñándose como funcionario intelectual en la Universidad de Chile. Tuvo dos hijas; una de ellas, Laura, contrajo matrimonio con el economista y diplomático español Carmelo Soria, quien además era funcionario internacional de la CEPAL. En un pasaje oscuro de nuestra historia, Soria fue detenido ilegalmente y torturado con ensañamiento por la DINA; los agentes no solo lo interrogaron, sino que fracturaron cada una de sus costillas. Una vez consumado el crimen, simularon un burdo accidente automovilístico en el sector de La Pirámide, donde su cuerpo fue hallado al día siguiente. Fue una época cruel, en la que el terrorismo de Estado caló hondo en el país. Tras décadas de impunidad, en agosto de 2023, la Corte Suprema de Chile dictó la sentencia definitiva, condenando a la cúpula y a ex agentes de la disuelta Dirección por su secuestro y homicidio calificado.

La dimensión humana del Premio Nacional de Literatura

Fue un escritor anarquista, pero de los más recatados. Si bien era de izquierda, nunca presumió de ello ni tuvo la pasión de los Pablos: de Rokha y Neruda. Fue un tipo tímido, pero cordial, muy ameno, aunque de pocas palabras. ¿Trabajar? No era un problema para él. La cantidad de oficios que desempeñó es innumerable: podía ser lustrabotas, cortar los boletos de un tren o sentarse a escribir. Si pudiéramos definirlo como escritor, la palabra ideal sería: un humorista de lo nostálgico.

Con apenas dos libros – al momento de su premio- ya era respetado en los círculos literarios. Comenzó como un intelectual de conventillo, ya que su verdadera educación partió en la calle y en los encuentros de lectores, donde devoraban los textos de Máximo Gorki y Piotr Kropotkin.

González va más allá del juicio sobre el momento histórico de injusticias en el país y deja la ideología de lado, relatando la misma miseria, pero desde una dimensión distinta, cargada de ironía y humor negro, aunque también de cariño y respeto hacia el almacenero, el pescador o el malogrado sepulturero. No esconde los problemas sociales, pero, en vez de atacarlos, los muestra como una consecuencia de la forma en que se organiza el país. Por eso, nos encontraremos con que nunca juzgará el alcoholismo ni la ignorancia. Mientras que en esa época los escritores detallaban hasta el hartazgo, él fue un minimalista, pues confesaba que le producía urticaria la verborrea y el relleno sin sentido. Su proceso creativo consistía en escribir una página y luego reducirla al máximo, quitando adjetivos y palabras innecesarias hasta dejar puramente la esencia. Alhué, su libro más famoso, apenas supera las 50 páginas.

El Chile de González Vera

Los libros de este autor reflejan al dedillo el contexto en el que vivía. Chile experimentaba un proceso de migración hacia las grandes ciudades, que no estaban preparadas para recibir a esta nueva población que quería experimentar cambios en sus vidas, atraída por el supuesto progreso indefinido, entre el humo y las máquinas de la existencia fácil. Craso error para la mayoría.

La Gran Guerra había por fin terminado y la gente volvía a respirar, pero, en Chile, la baja del salitre se sintió de sopetón en la vida cotidiana. En paralelo, las demandas sociales de la cuestión social no paraban y la élite no solo se tapaba los ojos, sino que además le decía que no a todos los proyectos de Alessandri. Era cosa de tiempo para que llegara una solución en la que se viera involucrado el uso de la fuerza o la presión militar.

Finalmente, el ruido de sables precipitó un desenlace impensado: una nueva Carta Magna y leyes sociales. Sin embargo, lo bueno dura poco, pues el mundo colapsó tras el jueves negro de 1929.

«Las familias pobres mantenían su situación con extraña fidelidad.

Sin que fuese menester testarlo, sus continuadores habitaban

la misma casa ruinosa, vestían iguales harapos

y sufrían parecidas vicisitudes».

(Alhué, 1928)

Reseña necesaria: Alhué

Se van a cumplir casi 100 años desde la publicación de esta novela. Con el fin de que puedan conocerla y animarse a buscar el libro y leerlo, es que me atrevo a reseñar el texto y así honrar a este autor originario de las tierras del Maipo. En el sitio Memoria Chilena pueden leer y descargar otras obras de este autor.

El libro consta de 14 capítulos y, como ya hemos señalado, es fruto de un minimalismo expreso. Parte con una antítesis a los típicos carteles de los negocios: «Hoy no se fía, mañana sí». La primera parte, que se llama **Leyenda**, relata cómo nuestro autor nace en un almacén que quiebra porque su padre no cobra los fiados por ser buena persona. Aquí el relato es fiel a su biografía: el negocio no prosperó en El Monte y la familia se trasladó a Talagante, donde sus progenitores trabajarían modestamente en el empleo público.

El capítulo segundo se llama **Perspectiva** y es un apartado esencial del texto, ya que describe a la

perfección, físicamente, la localidad de Alhué, que, según González Vera, es un lugar sin futuro; por ende, los jóvenes escapan, haciendo una analogía con las migraciones del Chile de su época.

Crepúsculo se llama la tercera parte y está relacionada con el despertar de la infancia. Si durante el día no ocurre nada más que el zumbar de las moscas y la monotonía, al ponerse el sol todo cambia: los parroquianos se ven más animados, se juntan a beber en el almacén del barrio, «El Tropezón», y muchos salen a caminar por las veredas. Al igual que en la Colonia, los serenos prenden los faroles de algunas esquinas. El recuerdo lo lleva hasta un anciano amigo que le regala dulces «frutos secos».

El hombre triste, don Nazario, es la cuarta parte del relato. Aquí se detiene en el dueño del almacén y lo describe paso a paso en su melancolía, que suele olvidar momentáneamente cuando escucha las historias de los parroquianos. La tradición oral está muy presente en Alhué. Nazario era un hombre de monosílabos, tímido y casi mudo.

El eje testimonial de la obra está en el capítulo quinto, **Mi padre**, donde el Premio Nacional se explaya sobre la figura severa y distinguida de su progenitor. Era un hombre de aventuras que le da el primer empujón literario: lo sienta a escribir una historia nocturna del campesinado. Empero, sale a flote el humor y la ironía, pues, al ver su letra infantil y mal trazada, su padre le grita: «¡Lárgate!». Esto le abre un camino hacia la libertad total para vagar por el pueblo y observar el mundo.

El apartado sexto se llama **El asesinato** y resulta impactante para González Vera, ya que matan precisamente al abuelo de los frutos secos. Aquí se visualiza el dilema de la ruptura del equilibrio del pueblo, pues el crimen es cometido por dos afuerinos. Los vecinos de la nada se arman, se vuelven algo paranoicos y se genera una atmósfera de misticismo y fervor popular en Alhué.

El capítulo **La mudanza** es testimonial e intrínsecamente relacionada con su imaginación, ya que su madre arrienda parte de un caserón —el lugar del crimen, la casa del anciano de los dulces— el joven escritor se obsesiona con hallar un pasadizo secreto o un tesoro enterrado. Su padre se muda solo a otro pueblo por motivos de trabajo.

El capítulo octavo es una muestra de la maestría de los lugares comunes. **Vecinos**, así se llama el apartado que narra con quiénes comparten la casa, en especial con Loreto, la hija del anciano, descrita como una mujer delgada, triste y melancólica que se refugia en la belleza de la enfermedad. Una mujer temerosa que se pasa haciendo caldos que lo curan todo, a través de sus plantas y el agua bendita. Ella tenía una imagen de Dios y del cielo como un prado de eterna primavera, donde Dios premia a los oprimidos, a los humildes y a quienes llevaron una vida trágica en la tierra. Quizás suena a una justificación religiosa.

En la **morada de las ánimas** se conjuga el típico misticismo del pueblo, las leyendas, los relatos orales y

los lugares cotidianos de quienes comparten una quietud que parece repetirse día tras día. Para combatir el tedio, en este capítulo, el autor habla sobre los fantasmas que habitan la casona. Los parroquianos juran escuchar los pasos de una pata coja, perteneciente al antiguo dueño de la propiedad, mientras que el esposo de Loreto, su antítesis, el corpulento Tristán, siempre más práctico, dice que los ruidos señalan el lugar donde se esconde un tesoro de unas onzas de oro. Se pasa días y más jornadas excavando hasta encontrar fierros podridos. Ante el fracaso, se refugia en una borrachera descomunal y, en medio de todo esto, su esposa le propina garrotazos, transformando la ávida empresa en una situación cómica.

Luego vienen otros capítulos, como el del profesor que infundía terror a los chicuelos de antaño. Es la típica anécdota de la infancia. El **prefecto bizco** se llama el apartado donde se relata cómo este personaje se desquitaba golpeando a sus compañeros en la escuela de la parroquia. Por supuesto, la dinámica de poder está presente en un pueblo acotado.

En el apartado donde vivió, **La calle Unión**, hace carne los lugares comunes, con el ambiente de un pueblo tranquilo que confluye en el cementerio.

El capítulo **Semana Santa** es sensacional, ya que constituye el vivo recuerdo del pasado que se repite en el presente. La crítica irónica es soterradamente cierta. ¿En qué lugar podría estar ausente esta narración de Semana Santa? Parte con el milagro de los borrachos, que misteriosamente dejan de beber; los avaros comparten la mesa y los enemigos se funden en abrazos. Es como hoy en la Teletón: por un día la gente ve la discapacidad, ¿el resto del año? Les da lo mismo.

Pero, sorpresa: en el éxtasis del regocijo sacro, como en un buen pueblo sacado de una postal colonial, se quema el monigote de Judas, donde el pueblo cataliza sus amarguras insultando y apedreando al muñeco de paja antes de colgarlo.

Ya casi en el epílogo del texto se nos presenta al sepulturero del pueblo, Aliste, **el sepulturero**. A todas luces, es un viejo sabio como Sócrates, quien siempre charla en el almacén del pueblo. Como buen hombre de trato directo con el más allá, suele dormir en el bosque.

Finaliza este hermoso libro, que es una delicia de lectura al alero o a la sombra de un árbol, en una plácida tarde de cualquier día, con el capítulo final: **Ismael o el reloj de la pobreza**.

Epílogo

Alhué, en la pluma del Premio Nacional de Literatura, el escritor González Vera, no es un bestseller, pero tampoco un retrato extraviado y perdido de un pueblo en algún rincón de la geografía chilena. Es una biografía del olvido sin llegar al olvido mismo; rescata las cosas sencillas de la vida, las más elementales de la condición humana, lejos de la vorágine bulliciosa de una gran ciudad.

En sus páginas aparece la misma marginalidad nacional de la cuestión social, empero, no a modo de queja o protesta. El autor humaniza la fealdad y le da humor a la desesperanza. González Vera le da una cara al dolor en su estado más puro.

Alhué pasa a ser un purgatorio terrenal, un tiempo que no avanza, un daguerrotipo colonial. Es, en definitiva, prenderle fuego a la pobreza y transformarla en literatura.

*Álvaro Vogel Vallespir, historiador y profesor, colaborador permanente del elmaipo.cl